

Myriam M. Lejardi

El Perdedor



camilame.otra.vez



1157 Me gusta



camilame.otra.vez «A veces hay que perder para ganar»

#friendstoenemiestolovers #rivalstolovers
#fakedating #slowburn #mutualpining
#foundfamilies

Ver los 2355 comentarios
Hace 25 minutos

FANDOM BOOKS

El Perdedor

1.ª edición: mayo de 2022

© Del texto: Myriam Moreno de Gracia, 2022

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño e ilustración de cubierta de Nagore Odriozola

ISBN: 978-84-18027-57-4

Depósito legal: M-8775-2022

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Myriam M. Lejardi
El Perdedor



FANDOM BOOKS

A los que continúan, da igual las veces que pierdan.

perdedor, ra

1. adj. Que pierde.
2. m. Bosco.

ANTES DE EMPEZAR

Lo primero que tienes que saber sobre Bosco es que es un perdedor.

Da igual en qué compita: no va a ganar. Sé que piensas que es estadísticamente imposible, que alguna vez tendrá que hacerlo. Yo también lo creía. Pero supongo que todos tenemos un superpoder y que este es el suyo.

¿Que exagero? Presta atención a estos ejemplos.

Cuando teníamos trece años vimos una película en la que la gente apostaba a los dados y, como estábamos aburridos, decidimos probar. Andrés, en su línea, quiso que el que sacara el número más bajo se quitara una prenda. Recuerdo que era invierno porque Bosco llevaba mil capas de ropa. También recuerdo que acabó en pelotas.

A los quince, Nacho se empeñó en que echáramos una partida al Monopoly porque estaba harto de que nos tiráramos por las cuevas del pueblo subidos a un carro del supermercado. Bosco era el único que sabía jugar, así que se encargó de explicarnos las normas... para pasarse las siguientes dos horas en la cárcel. Las pocas veces que consiguió salir las empleó en caer en nuestros hoteles y quedarse sin dinero.

A los diecisiete, improvisamos un torneo de baile en YouTube. Queríamos animarlo, así que inventamos esa estupidez

para que fuera consciente de que había algo que se le daba mucho mejor que a los demás. «Verás como tu vídeo tiene más *likes* que los nuestros», dijimos. No sucedió. Aunque Andrés hizo el ridículo más espantoso, a la gente le hizo gracia. Nacho directamente se negó a bailar y debió de resultar interesante ver a un tío fumando, mirando a la cámara como si se quisiera morir a la menor brevedad de tiempo posible, mientras Jason Derulo cantaba guarradas de fondo. Y yo... Bueno, puede que me viniera arriba con el *oufit* que escogí y que consiguiera miles de visitas y unas cuantas fotopollas no deseadas.

Y a los dieciocho me perdió a mí.

Eso es lo que Bosco va a empezar contándote. Cuándo aparecí, por qué me fui y probablemente un millón de estupideces que no vienen a cuento para intentar que te pongas de su parte. No lo hagas, en serio. Tampoco te sientas mal si después de escucharlo piensas que es un gilipollas.

Lo es.

De todos modos, no te preocupes, prometo que la parte más interesante viene después. Con un nuevo juego, esta vez sin reglas, y con él empeñado en ganar, aunque no tenga claro cuál es el premio.

¡Ah, una última cosa! Lo segundo que tienes que saber sobre Bosco es que, pese a que lo haga siempre, odia perder.

GAME OVER

PARTE I

UNO

Bosco 0 - Camila 1

—**B**osco, puedes hacerlo. Solo que no podía, y mi reflejo lo sabía perfectamente, por eso me devolvió una mirada de pánico. Quise decirle que aquello era una estupidez, que solo tenía que volver al aula de música y ponerme a cantar, tal y como habían hecho los demás. Ni siquiera tenía que hacerlo bien. Andrés, al que había conocido tres días antes, cuando nos sentaron juntos el primer día de clase (nos apellidamos igual, ahí acaban las similitudes), había hecho el ridículo.

Pero a Andrés se la traía floja hacer el ridículo. Fue hacia la mesa del profesor, se acercó demasiado el papel con la letra a la cara (más tarde descubrí que necesitaba gafas y que, pese a ello, rara vez las usaba) y se puso a berrear. Después de cinco segundos, diez a lo sumo, don Carmelo le pidió por favor que parara.

Don Carmelo, qué tío. Han pasado nueve años desde este día del que te hablo y todavía aparece de vez en cuando en mis pesadillas. «Vamos, Bosco, canta. Frótate esa reputación que estás intentando construirte por el forro de los cojones, verás qué bien». Don Carmelo, todo papada bajo ese bigote parecido a un cepillo que le cubría el labio superior.

Don Carmelo y el coro de las narices que se empeñó en formar con los alumnos de primero de la ESO.

Volvamos a ese chico (o sea, a mí) aterrado que se agarraba con todas sus fuerzas al lavabo del cuarto de baño.

Me sudaban las manos, los sobacos, la espalda y el culo. Los seres humanos están compuestos en un setenta por ciento de agua, ¿no? Pues yo la estaba perdiendo toda. Sentí que moriría y dejaría atrás un charco en ese suelo que olía a desinfectante y a meados, como el mutante aquel de una de las películas viejas de X-Men, no recuerdo cuál.

Respiré hondo. Estaba tan pálido que las pecas solo habrían destacado más si hubieran tenido luces de neón. Odio mis pecas. A ella le encantaban, o eso decía siempre. Un día me obligó a apoyar la cabeza en su regazo y se puso a contarme todas las que tenía en la cara. Ciento tres, aseguró.

—Puedes hacerlo —me repetí.

Después, sin terminar de creerme, volví al aula de música.

—¿Todo bien, Bosco? —preguntó el profesor.

Escuché risitas al fondo y caí en que había sido una estupidez salir corriendo de clase con la excusa de tener que ir al baño. «Genial. Ahora todos pensarán que he estado cagando».

Le dediqué un asentimiento y le pedí de rodillas a mi sonrisa que apareciera. Ahí estaba. Temblaba, pero al menos no me había puesto a gritar. Era un paso.

—Bien. Entonces, coge la partitura y canta el estribillo. Desde el «Be my Romeo».

¿He dicho ya que era en inglés? No solo podía liarla desafiando, no, encima tenía que pronunciar bien la letra. Cosa que no iba a suceder porque el inglés se me daba (y se me sigue dando) de pena.

Noté treinta pares de ojos clavados en la nuca mientras hacía el recorrido de la puerta a mi pupitre y de mi pupitre a

la parte delantera del aula, donde me esperaba ese torturador de menores con bigote.

Me alboroté el pelo, que a esas alturas debía de tener ya de punta, abrí la boca y... Eructé.

Durante un instante, juro que solo fue posible escuchar el latido de mi corazón. Ni siquiera don Carmelo, al que había eructado literalmente en la cara, dijo algo. Después, estallaron las carcajadas. ¿Quise correr hacia el baño otra vez? Sí. ¿Lo hice? No. Estaba congelado, inhalando ese regusto a chorizo que había en el aire, esforzándome mucho por sufrir una combustión espontánea y desaparecer.

Hasta que Andrés, con el que todavía no había hablado (más allá de habernos saludado un par de veces), se puso en pie de golpe y gritó:

—¡Tremendo temazo! ¡Si este se une al coro, juro que iré a todos los conciertos!

Dijo todo aquello mientras se asfixiaba con su propia risa. A continuación, cerró la mano en un puño, se golpeó el pecho como si fuera un gorila y eructó tan fuerte que temblaron hasta las paredes.

Se supone que sonreí. Cada vez que Andrés cuenta la anécdota, jura y perjura que lo hice pese a que yo repita que lo dudo mucho. Lo que sí recuerdo fue que al profesor se le pasó el susto, se puso incluso más rojo que yo (en su caso, me da que fue la rabia lo que le avivó la sangre) y nos echó de clase.

Agarré el pomo de la puerta como si al otro lado me esperara el patíbulo, en lugar de un pasillo vacío que olía a adolescentes a los que todavía no les mola mucho eso de ducharse, y salí a enfrentar mi nefasto futuro.

Espera, que aquí hace falta una explicación. No es que hubiera sido un pringado en el colegio, pero sí que era del

montón. Del montón al que te refieres como «El gracioso, sí, ese de las pecas», al que le dedicas poco más que una sonrisa indulgente. Mi plan era hacer una gran entrada en el instituto, construirme a mí mismo y todo eso. Que las chicas dejaran de decir lo de las pecas y se centraran en las ganas que tenían de comerme la boca.

Un plan que de pronto olía a chorizo y sonaba a las carcajadas que seguían retumbando en el aula de música. Te voy a ser sincero: el instituto es una mierda. Da igual lo que te hayan dicho, lo es. Incluso en el hipotético caso de que todo te vaya bien, de que nadie decida burlarse de ti y las matemáticas no te parezcan una tortura inútil, es una etapa llena de cosas desagradables que se pueden volver en tu contra. Pelos, granos, gallos, sexo... No digo que el sexo sea malo, a mí me flipa, digo que hay un punto (varía en función de cada uno, el mío empezó a los quince años y todavía sigue) en el que tu obsesión por él, sumada a tus nulas posibilidades de él (sin contar tu mano preferida), es de lo más frustrante.

Que sí, que sé que hay gente a la que no le importa lo más mínimo. Soy amigo de Nacho, al fin y al cabo. El caso es que para mí era (es) importante.

Bueno, en esta parte de la historia todavía no. Con doce años solo me preocupaba esa reputación que me había cargado antes de empezar a construir. Pensé que al día siguiente todos se habrían enterado de la anécdota y que algún apodo absurdo me perseguiría hasta el día de mi graduación. ¿Que si pasó? La verdad es que no. Cuento todo esto por varios motivos, entre ellos para que entiendas por qué surgió mi relación con Andrés y por qué, un par de minutos más tarde, dije una gilipollez descomunal.

Ya sabes, contexto.

Andrés seguía riéndose en el pasillo. Tanto, que se tuvo que apoyar en la pared, con el estómago agarrado con ambas manos y los ojos llenos de lágrimas.

Lo primero que pensé de él fue que era un imbécil, opinión que se reforzó cuando me miró y dijo:

—Tío, la has cagado tanto... No puedo parar.

Iba a explicarle las ganas que tenía de darle un puñetazo cuando recobró la calma y sonrió.

—Soy Andrés.

—Pues vale.

—Bosco, ¿verdad? —Asentí a regañadientes—. Menuda mierda de nombre.

Pocas cosas tengo que agradecerle al Bosco del pasado. Una de ellas fue que se encogiera de hombros en lugar de dar ese puñetazo que le picaba en los nudillos. No me malinterpretes, no soy violento. Nunca me he metido en una pelea. El problema es que estaba avergonzado y nervioso porque pensaba que acababa de destruirme la vida, entiéndeme.

El encogimiento de hombros me vino de perlas, ya que, gracias a él, me gané a uno de mis mejores amigos. También porque Andrés me habría dado una paliza si le hubiera pegado. Andrés no tiene el tipo de cara que te hace pensar que te va a soltar un guantazo, pero sí el cuerpo adecuado para ello. Es enorme, incluso más alto que yo (que ahora mismo paso del metro ochenta y cinco) y al menos tres veces más ancho. Un año después del incidente del eructo, un chaval de cuarto de la ESO lo llamó gordo por los pasillos. ¿Qué hizo mi colega? Se lanzó hacia él, lo tiró al suelo y le rompió el labio a puñetazos. Para cuando quiso venir el jefe de estudios a separarlos, el de cuarto lloraba y a la gente que había presente (que era casi toda, ya sabéis lo que atraen las peleas a los adolescentes) le quedó claro que no debían llamarlo gordo nunca más.

Lo expulsaron tres días. Cuando Nacho y yo fuimos a verlo, nos contó que sabía que estaba gordo y que ni le molestaba ni le avergonzaba. De hecho, le «repiteaba los cojones» (sus palabras fueron tal cual esas, trece años tenía) que la gente se refiriera a él de forma absurda para decir lo evidente. «De huesos anchos» o «grandecito», ya sabes, esas cosas. Nos explicó que el problema no había sido que ese chico lo llamara gordo, sino que hubiera usado la palabra como un insulto. Como si fuera algo malo de lo que sentirse acomplexado. Yo lo admiré; Nacho, sin embargo, le hizo saber que no podía ir machacando a todos los idiotas con los que se cruzara.

Nacho es muy listo, luego te hablo de él.

—¿No tienes nada que decir? —insistió, mirándome con atención.

—Me da igual lo que pienses de mi nombre.

Era mentira, me importaba muchísimo, demasiado, lo que pensara todo el mundo.

—Me caes bien. He decidido que vamos a ser amigos. —Para Andrés las amistades no surgen, se deciden. Y de manera unilateral, además—. Tengo que presentarte a Nacho, es casi más raro que tú.

Estaba dándole vueltas a qué contestar (no quería ser su amigo porque me caía mal, pero quizá, después de lo que había pasado, a nadie más le apeteciera acercarse a mí) cuando la puerta del aula de música volvió a abrirse y ella salió al pasillo.

Jamás he visto unos ojos más grandes y más azules. Aunque los míos sean del mismo color, no tienen nada que ver. Mis ojos parecen desteñidos, como si los hubiera lavado muchas veces; los de Camila dan la impresión de haber sido sacados de un filtro de Instagram. La miraras por donde la miraras, solo había ojos. Tenía más cosas, claro. Una boca pequeña que sonreía, una nariz que a día de hoy todavía no sé cómo catalogar y un

cuerpo flacucho. Yo también era flacucho, pero ahora estoy hablando de ella.

Si tuviera que definir el aspecto de Camila, no diría que es guapa. Tampoco fea. Solo es rara. Rara con letras mayúsculas, en negrita y subrayado. Una cara de esas que, por mucho que quieras, no puedes dejar de mirar.

Por eso me costó apartar la vista de ella y dirigirla a Andrés cuando este le preguntó:

—¿También has eructado?

Incluso achicados por la sonrisa, sus ojos seguían siendo enormes.

—No. El profesor me ha pedido que os diga que vayáis a jefatura de estudios para que os pongan un parte por mal comportamiento.

Tenía la voz grave. Menos que unos años después y más que la mayoría de las chicas. Recuerdo pensar que le quedaba muy bien y muy mal, las dos a la vez.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Andrés.

—Camila.

Vale, antes de soltar lo que contesté, necesito explicarme para que no pienses que soy lo peor. Que a veces lo soy, no te lo niego, aun así, en la mayoría de los casos está justificado (por mí).

Tenía miedo de quedarme solo y de sufrir las burlas de los demás por los siglos de los siglos, amén. A pesar de que ya he dicho que no sucedió, no soy capaz de prever el futuro. El caso es que llegué a la conclusión de que ese chico que ni siquiera me caía bien era mi única oportunidad de no encerrarme en un cubículo del baño para comerme el almuerzo (había visto muchas películas americanas y estaba de los nervios). Por eso, para reforzar su decisión de que fuéramos amigos, traté de ganarme su apoyo.

Y había comprobado de primera mano que le gustaba reírse de los nombres ajenos, así que...

Tiré de mi sonrisa hacia arriba (debió de salirme un gesto raro, porque Andrés levantó tanto las cejas que se le escondieron bajo el flequillo rubio), apoyé el hombro en la pared y dije...

Mira, esto me está costando mucho. Repito: aunque parezca gilipollas, aunque diga cosas de gilipollas, no soy un gilipollas.

Dije:

—Ven y *tócamila*.

Ya. No es muy ingenioso. «Tócamela» y «Camila» igual a «*tócamila*». A mi favor mencionar que en la actualidad doy menos vergüenza ajena cuando trato de hacer gracia. Si no dejas la historia ahora (cosa que, por otro lado, entendería perfectamente), lo comprobarás.

Andrés soltó una risotada y me dio una palmada en el hombro que a punto estuvo de tirarme de boca contra el suelo. Yo me relajé, pensando que había conseguido recuperar algo de la dignidad perdida. Al menos hasta que Camila me enseñó los dientes con una sonrisa (todos, te lo prometo, hasta las muelas) y contestó:

—Claro.

Y lo hizo. Se acercó a mí, me puso la mano encima del paquete y su sonrisa se desvaneció para dejarle hueco a una expresión de perplejidad muy bien fingida.

—¿Dónde está? No la encuentro.

Se separó, observó satisfecha cómo mi autoestima se rompía en mil pedazos y nos repitió:

—Id a jefatura de estudios y decid que habéis... —Se llevó un dedo a los labios y empezó a darse toquecitos. ¿Dudaba de verdad? ¿Estaba preparándose para un nuevo golpe? Me encogí sobre mí mismo y ella volvió a sonreír al notar lo. Continuó—: Perturbado el orden en la clase y faltado al respeto al profesor. Eso era.

Sin más, dio media vuelta y volvió a entrar en el aula.

Ese día pasaron varias cosas más. Como que nos tuvimos que comer media hora de bronca del jefe de estudios (también conocido como Míster Morning, el profesor de inglés más entusiasta de la historia de los profesores de inglés), que Andrés tuvo a bien dibujar una polla con unos cojones enormes en el parte que tenían que firmar mis padres (afición que por desgracia no ha abandonado a los veintiún años) y que en casa me dieron un sermón interminable sobre la responsabilidad, el saber estar y la educación que no estaba demostrando que me habían inculcado.

Lo importante no fue eso, sino la conversación que tuve con Andrés cuando se fue Camila.

—Tío, eso ha tenido que doler.

—No ha apretado —expliqué.

Me miró como si fuera tonto, cosa que por supuesto era. Igual que él.

—No hablo de tu rabo de fuera, Bosco —explicó muy despacio—, hablo del de dentro. —Se llevó una mano al pecho, a la altura del corazón—. El rabo del alma. Esa chica te lo ha arrancado, pisoteado y, luego, se ha meado encima.

—Ya.

La camaradería se evaporó cuando volvió a reírse.

—«Ven y *tócamila*», es gracioso. Aunque ella ha sido mucho más graciosa que tú, tienes que reconocerlo. —Me pasó un brazo por los hombros y me arrastró por el pasillo—. Me gusta esa tía, Camila. También va a ser nuestra amiga.

Esa fue la primera vez que Camila me ganó. Porque de eso va esta historia, de perder. Muchas cosas y sobre todo un juego. Uno al que al principio estoy seguro de que solo jugaba yo.

—La odio.

—Es tu rabo del alma el que habla, Bosco. Céntrate.

DOS

Bosco 0 - Camila 2

—**Y** esto, tíos, es un cerebro de pollo.
—¿Puedes volver a meterte los huevos dentro de la bragueta, hermano?

En realidad, Andrés no es el hermano de Nacho. Ni de nadie, que él sepa. Lo adoptaron cuando era poco más que un bebé y dice que no recuerda nada de lo que pasó antes de eso. También dice que no le importa porque sus padres son, según sus palabras, «Lo mejor del puto mundo». Tiene toda la razón.

El caso es que Nacho llama a todo el mundo «hermano». Era un tío extraño con once años y, aunque en su momento me pareciera imposible, se ha convertido en un tío todavía más extraño. Empezando por las pintas: delgadísimo, con los huesos llenándolo de ángulos, pálido como un muerto y con el pelo castaño, lacio y, por entonces, todavía corto. Además, se empeña en usar ese tipo de ropa que suele atraer las miradas censuradoras de los adultos, un estilo a medio camino entre el del traficante de drogas promedio que encuentras en la discoteca y el de alguien que sigue creyendo que el punk no ha muerto, ¿me sigues? Con pantalones ajustados, cadenas y un abrigo abombado y negro lleno de parches, que ha ido

cambiando a medida que se le quedaba pequeño. Andrés y yo nos preguntamos cómo demonios ha conseguido que, pese a ello, siempre parezca el mismo.

—Esperad, que esto es solo el primer paso. Ahora os voy a enseñar lo que es un oso.

Antes de que se bajara los calzoncillos, se tumbara en el suelo sujetándose los muslos y nos regalara un primer plano de su ano, Óscar apareció en el salón, seguido de cerca por Lucas, y dijo:

—Andrés, cariño, ¿no crees que antes de enseñarle tus genitales a tus nuevos amigos deberías presentárnoslos?

—Oh, claro. Buena idea. —Se giró hacia nosotros y señaló a ambos hombres—. Bosco, Pistacho, estos son mis padres.

—Soy Nacho —rectificó, pues eso, Nacho.

Los ojos de Andrés se convirtieron en rayos láser capaces de captar cualquier cambio en mi expresión. Me pregunté si alguna vez se habrían burlado de que tuviera dos padres y quise decirle que, si bien todavía no nos conocíamos (habían pasado tres semanas desde el incidente del eructo), no era de ese tipo de personas. No sabía cómo hacerlo y, de todas formas, iba a ser incómodo con tanta gente delante, por lo que me limité a responder:

—Encantado.

Los láseres se apagaron y la sonrisa del chico se encendió en su lugar.

—Íbamos a echar unas partidas, ¿puedo usar la tele del salón?

—Claro, hijo. —Hubo una pausa en la que Óscar meditó sobre si merecía o no la pena incidir en lo siguiente que dijo. La merecía—: Haz el favor de dejarte los pantalones puestos.

—¡Pero estamos conociéndonos! ¡Hay que estrechar la relación!

Tras la risotada de Lucas, descubrí de dónde había sacado Andrés la parte escandalosa. Decidieron dejarnos solos en la casa, no sé si para no presenciar cómo Andrés, efectivamente, nos acabó enseñando el ojete, o para, como ellos dijeron, hacer la compra. Sospecho que ambas.

Una vez se fueron, nos tiramos en el sofá y empezamos a hablar. Descubrí que Nacho era poco dado a ello, algo que Andrés contrarrestaba saltando de un tema a otro como si le dieran puntos por abarcar todas las conversaciones posibles.

—Este es un momento importante —dijo a la media hora—. El día que recordaremos cuando estemos igual de arrugados que nuestros huevos, ¿vale? Estaremos en el asilo jugando al bingo, o a lo que sea que jueguen allí, y alguien se acercará a preguntar «¿Cómo os conocisteis?» y yo diré: «Les enseñé el escroto y, desde entonces, fuimos inseparables».

—¿Por qué estás tan obsesionado? —intervino Nacho mientras toqueteaba el móvil.

—¿Con nuestra amistad?

—Con tus cojones.

—No sé, tío. Molan. A Bosco se los tocaron el día que nos echaron de clase por eructar. —Nacho soltó un «ajá», como si no le importara en lo más mínimo. Andrés se giró en el sofá para quedar de cara a mí, su sonrisa era gigantesca—. Bueno..., ¿te gustó?

—¿Qué?! ¡Claro que no!

—Ah. Va, tío, no lo sabía. Obviamente me parece bien. —Se frotó el cuello, ofuscado de pronto—. No, a ver, no me parece nada. No es mi asunto. Pero guay.

—¿Que te parece bien? ¿El qué?

—Que seas gay.

—No lo soy. —Traté de no poner ninguna inflexión en la voz, preocupado porque pareciera que, al desmentirlo, tenía algo en contra de ello—. Me van las chicas.

—¡Ah! Entonces, ¿por qué no te gustó?

—¡Porque lo hizo para reírse de mí!

—Ya, no sé. Es verdad, aunque yo creo que habría sentido algo.

Se me puso cara de asco.

—¿Te mola Camila?

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. Es guapa.

Estuve a punto de gritarle que se graduara las gafas (que, de todos modos, casi nunca usaba) porque estaba claro que no la había visto bien.

Breve inciso para destacar que Andrés llegó a interesarse por Camila. Sucedió durante su cumpleaños número catorce y duró exactamente tres horas. Justo hasta el momento en el que vino a recogerla su madre y mi amigo decidió que las mujeres mayores eran su pasión. Ya te explicaré esto más a fondo.

—¿Tú qué dices, Pistacho?

—Nacho —corrigió de nuevo, sin dejar de mirar la pantalla—. ¿Sobre qué?

—Sobre Camila. O sobre las tías. O sobre los tíos. Sobre esas cosas.

El aludido se apoyó el móvil contra el mentón, meditando.

—No me interesa.

Por supuesto que Andrés estuvo interrogándolo al respecto. Lo único que le quedó claro es que a Nacho jamás le había llamado la atención nadie y que nunca pensaba en ello.

El timbre sonó en el momento en el que acabábamos de encender la Play. No les había dicho que no me gustaban los videojuegos porque empezaban a caerme bien y me daba mie-

do desentonar. Confieso que me preocupaba hacer el ridículo por ser muy malo y que mi plan consistía en estirar todo eso de la suerte del principiante.

Andrés fue a abrir y Nacho y yo lo esperamos en el sofá. Pensé que serían sus padres, que habían olvidado las llaves.

Me equivoqué.

No necesité ver a la persona que acababa de llegar para saber quién era. Fui consciente cuando pronunció desde el descansillo ese «Hola» con su voz demasiado grave. Así que en el instante en el que Camila apareció en el salón, ya estaba erizado como un gato y con la expresión más disgustada que mis facciones me permitían formar.

—¡Buenas! —nos saludó con un gesto de la mano (su maldita mano) y una sonrisa (su maldita sonrisa).

Nacho le dedicó un asentimiento de cabeza y yo creo que gruñí, no me acuerdo. Si le molestó, lo disimuló bien. Sacó de la mochila un montón de bolsas de patatas y otros tantos refrescos, se giró hacia Andrés con los ojos (sus malditos ojos) brillantes y preguntó:

—¿A qué vamos a jugar?

—Al *Tekken*, ¿te mola?

—¡Mucho! ¿Un dos contra dos y los que ganen se enfrentan?

—Lo veo. ¿Apostamos?

—Paso, la ludopatía es peligrosa.

Vale, ha llegado el momento de contarte aquello de que Nacho es muy listo. No me refiero solo a que con once años conociera el significado de la palabra «ludopatía», tampoco a que fuera consciente, mucho antes que Andrés y yo, de que nuestras idioteces acabarían mal. Me refiero a listo de dar miedo, de estar estudiando ahora mismo Ingeniería Aeroespacial e ir a año por curso. Así de listo.

Lo más gracioso del asunto es que, hasta cuarto de la ESO, la mayoría de los profesores pensaban que era mediocre. No tanto como Andrés, más o menos a mi mismo nivel. De firmar los exámenes con un «Bueno, lo importante es participar». El año en el que empezó a sacar unas notas increíbles, creyeron que copiaba y le hicieron varias pruebas orales. Nacho, que no ha copiado en la vida, explicó que lo que pasaba era que le había dado pereza esforzarse durante la ESO porque decía que «Esas calificaciones no cuentan para la media, qué más da».

—Yo apuesto que, si no quedo la primera, subiré una historia en Instagram diciendo que estoy colada por don Carmelo.

Andrés miró a Camila con aprobación y yo con malicia. Me lo había puesto en bandeja, o eso pensaba: solo tenía que conseguir que no ganara.

—¿Qué tal juegas? —le pregunté a Andrés.

—Soy buenísimo.

—Vale, pues yo apuesto que, si no ganamos ninguno de los tres —señalé a los chicos—, el lunes iré en albornoz al instituto.

Debería haberme asustado por su sonrisa. O, qué coño, por mis prejuicios. No tenía confianza en mí mismo (mi táctica iba a consistir en aporrear todos los botones lo más deprisa posible), pero sí en Andrés y Nacho. Uno era el dueño del juego y el otro se pasaba el día con el móvil. Y, vale, eran tíos.

Esa tarde aprendí que las chicas no solo podían jugar bien, sino que eran más que capaces de darle una paliza a un grupo de chicos en exactamente siete minutos y cuatro segundos.

Después de ganarnos, Camila me puso una mano en el hombro y susurró con malicia:

—Bosco, eres un perdedor.

TRES

Bosco 1 - Camila 2

—Sabéis que os pueden denunciar por esto, ¿verdad? La misión de Nacho, que no parecía particularmente preocupado por esa posible denuncia de la que hablaba, consistía en vigilar que no viniera ningún profesor por el pasillo y grabar la jugada. La mía había sido robar el martillo del aula de Tecnología. La de Andrés iba a ser reventar las baldas inferiores de una columna de taquillas. La de Camila, meterse dentro.

Si te soy sincero, no tengo ni idea de por qué nos pareció tan gracioso. Quiero decir, la finalidad era ninguna. Además de encerrar a Camila, que, pese a mis muchas quejas, en tercero de la ESO ya formaba parte del grupo.

Retrocedamos media hora antes del desastre. El profesor de inglés (Míster Morning, recuerda) había faltado por estar enfermo y ese año, por mucho disgusto que se llevara el cuerpo docente, los cuatro coincidimos en la misma clase. La mujer a la que mandaron para hacer la guardia se limitó a pedirnos que estudiáramos, jugáramos con el móvil o durmiéramos. «Tengo que ir al despacho porque estoy muy liada con las evaluaciones, no hagáis que me arrepienta».

Era nueva. Si no lo hubiera sido, habría sabido perfectamente que no podía dejarnos solos. Los adolescentes de

quince años cuando se aburren son peligrosos, en especial Andrés. Tardó en torno a cinco minutos y siete rabos dibujados en la mesa en suspirar, mirarme con ojos de cordero degollado y sugerir: «¿Y si metemos a Cami en las taquillas para que asuste a la gente cuando salgan al pasillo?». Mi apunte: «Buena idea, podemos reventar las baldas inferiores con un martillo para que quepa y cerrar todas las puertas menos la de arriba. Que parezca que alguien le ha arrancado la cabeza y la ha escondido ahí». El de Camila: «Las del tercer piso no las usa nadie, seguro que hay una columna libre». Nacho: «Por favor, no».

La súplica del único listo de nuestro grupo cayó en saco roto. Andrés se lio a martillazos, Camila se metió en el hueco y yo empecé a cerrar las puertas. Me di cuenta de que al dejar la superior abierta se le veía poco más que la coronilla, así que chasqué la lengua con fastidio y volví a abrir la de un nivel inferior.

—Enana.

La cabeza flotante me lanzó un beso y empezó a reírse cuando arrugué la cara por el asco.

—Hermanos, que viene.

—¿Quién? —preguntó Andrés mientras metía a toda prisa el martillo en la mochila.

—La profesora que nos tenía que vigilar. La nueva.

—¡Mierda!

Ya escuchábamos los pasos. No había tiempo de sacar a Camila, así que entorné (para no hacer ruido) la puerta que estaba a la altura de su cara y salí corriendo con los demás. Nos escondimos tras el muro de las escaleras, a unos cinco metros del lugar del crimen. Andrés mascullaba tacos muy rápido, Nacho siguió grabando y yo le pedí mentalmente a quienquiera que me escuchara que, por favor, otro parte no.

Al final otro parte sí, además de una expulsión de una semana por la que estuve dos meses castigado. Vamos en orden.

La nueva, que estoy seguro de que después de lo que pasó ese día pidió el traslado, llegó hasta las taquillas. A favor de Camila decir que no la pilló porque hiciera ruido, sino porque Andrés se había dejado las baldas de metal por ahí tiradas. La mujer, confusa, abrió la puerta que no estaba cerrada y... chilló. Como si le pagaran por ello, te lo juro. Como uno de esos personajes de las pelis de terror de serie C (por lo menos) que tanto le gustan a mi hermana.

Andrés estaba que se meaba encima de los nervios, Nacho grababa y negaba con la cabeza al mismo tiempo y yo escogí ese preciso instante para hacerme el héroe. No es que quisiera salvarla a ella, o no específicamente. Quería salvar la situación. Que cuando estuviéramos en ese asilo jugando a lo que sea que se juegue allí, después de que Andrés contara lo de su escroto, saliera a colación el día de las taquillas y alguno de mis amigos dijera: «Ah, sí, cuando Bosco decidió desnudarse y correr como si lo persiguiera el mismísimo Satanás».

Nacho me enfocó con el móvil en el momento en el que se dio cuenta de que estaba quitándome la ropa. Hasta que no la metí a presión en la mochila, se la tendí a Andrés y este me miró los calzones durante más tiempo del que se considera educado, no dijo:

—¿Qué se supone que haces, hermano?

—Cuando me persiga —les susurré, muy digno—, libérad a Camila y salid corriendo, ¿vale? Nos vemos en...

—¿Piensas pasearte en bolas por todo el instituto?

—Sí, Andrés. Deja de mirarme la polla. Nos vemos en...

—Es el plan más absurdo que he oído nunca.

—Vale, Nacho. Nos vemos en...

—Creo que si te sacas un huevo tendrá más efecto.

—¡Callaos de una vez! ¡En el patio de atrás, donde los que fuman!

Salí de mi escondite justo en el momento en el que solté un grito y la pobre mujer me miró. Leí en sus ojos lo que pensaba, te lo juro. «Vaya, encontrarme a una alumna decapitada no es lo peor que podría pasarme hoy. También tengo que aguantar a un pelirrojo desnudo».

—¿Se puede saber qué haces?! ¿Por qué no estás en clase?! ¿Dónde está tu ropa?!

Contesté mientras se empezaba a formar la sonrisa de Camila (todavía tenía la cara paliducha por el susto):

—Me la he metido por el culo.

Y corrí.

Tal y como había planeado, en la lista de prioridades de esa mujer el exhibicionismo estaba por encima de las cabezas flotantes, así que salió detrás de mí chillándome cosas muy feas, cosas que, pese a entenderlas, dudo que un profesor debiera gritarle a un alumno.

Aunque Nacho se empeñe en decir que no, sigo pensando que habría funcionado de no ser por Andrés y por Donald Berto. Donald Berto era el director del instituto y en realidad se llama Alberto, pero nos hacía añadir el don y tenía cara de pato, así que... El caso es que me di de bruces contra él.

A Andrés y a los demás los pillaron porque él empezó a reírse como un loco y la de secretaría subió a averiguar por qué había adolescentes felices a deshoras en los pasillos.

Lo dicho un poco más arriba: parte al canto y expulsión. Nos mandaron a casa antes de que terminaran las clases, advirtiéndonos de que nuestros padres habían sido informados por mensaje de la movida. Ellos no lo llamaron «movida», claro, sino destrozo de la propiedad privada y exhibicionismo.

Una vez fuera del centro (ya estaba vestido: me obligaron a hacerlo en el despacho del director), Nacho nos sorprendió a todos cuando sugirió:

—Ya que nos van a castigar por los restos, ¿por qué no vamos al parque de los olivos?

Espero que, teniendo en cuenta todo lo anterior, no te resulte raro que aceptáramos.

Ya en el parque, nos tumbamos en el césped, al lado del estanque de las ocas (a una distancia prudencial de ellas porque tela con esos bichos), y empezamos a reflexionar sobre la vida.

—Creo que ha merecido la pena —decreté.

Nacho nos pasó el vídeo por el grupo de WhatsApp e hizo algo para lo que no estábamos preparados (y estábamos preparados para un montón de chorradas): sacó un paquete de tabaco y se encendió un cigarro.

—¿Fumas? —Andrés lo observó como si le hubieran salido tentáculos en la cabeza. Con un poco de asco y un mucho de fascinación.

El otro se remetió un mechón de pelo detrás de la oreja (ya le llegaba hasta la barbilla) y dio una calada.

—Espero que esa sea una pregunta retórica.

—No sé lo que es eso, así que, por si acaso: no. ¿Desde cuándo fumas?

—Desde ayer.

—Ah. ¿A qué sabe?

—A muerte.

Además de listo y extraño, Nacho es un poco deprimente. Todo el día con que le da pereza existir y tal. En fin.

—Dame uno.

Suspiró para dejar claro que Andrés era un crío, a pesar de ser tres meses y dos semanas mayor que él, y le tendió el cigarro encendido. Si alguna vez has fumado, sabrás lo que pasó a

continuación; por si acaso no lo has hecho, te explico: tosió como si se estuviera asfixiando, puso la misma cara que si hubiera chupado una tarántula y dijo con la voz estrangulada:

—Qué guay, tío.

A Nacho siempre se le ha dado todo bien desde el principio, incluido fumar, así que chasqueó la lengua y le quitó el cigarro para que dejara de ponerse en evidencia. Al estar Camila y yo mirándolo con los ojos casi fuera de las cuencas, se resignó y nos ofreció una calada. Lo rechazamos porque no queríamos vomitar los pulmones, como parecía que seguía intentando hacer Andrés. Varios años después probé el tabaco y la verdad es que me pareció la mayor de las mierdas. Igual que la cerveza o el café. Todo el mundo se empeña en que son cosas que a la décima acaban gustándote, y yo no entiendo por qué alguien querría pasarlo mal nueve veces con la esperanza de que eventualmente empiece a molarle.

Mientras los chicos discutían sobre drogas y bocas que saben a pus y costras, Camila decidió romperme los esquemas internos.

Y aquí es cuando aparece el motivo por el cual te he contado lo de las taquillas. Resulta que esa mañana de mediados de abril, después de liarla en el instituto por enésima vez y antes de que nuestros padres nos gritaran hasta quedarse sin voz, Camila abrió un cajón metafórico que yo tenía dentro y sacó una idea de él en la que hacía mucho que no pensaba. Que era una chica.

A ver, no soy tonto, las señales estaban ahí. Para empezar, ella se refería a sí misma como a una chica. Pero entre que pasaba casi todo el tiempo con nosotros haciendo estupideces, tenía el pelo hecho un desastre y llevaba esa ropa que le robaba a su hermano con pinta de saco... Vale, no me mires así. Las chicas pueden usar lo que les dé la gana y tienen mil formas

y todo eso, que ya lo sé. El problema es que por aquellas tenía quince años, las hormonas en ebullición y el cerebro a medio formar. Te juro que después acabé entendiendo el motivo por el cual vas a pensar que soy un imbécil cuando te explique lo que sucedió.

El asunto empezó en el instante en el que Camila se quitó las deportivas y los calcetines y vi que tenía las uñas de los pies pintadas. Esto es especialmente gracioso porque ese día me impactó muchísimo y en la actualidad yo también me pinto las de las manos. Por aquel entonces se me hizo raro y sentí que estaba fuera de su personaje. Sin embargo, lo peor sucedió cuando se deshizo de la sudadera y aparecieron las tetas.

Supongo que ya las tenía de antes, que no surgieron en ese preciso instante, pero no me fijé en ellas hasta que me saludaron (estoy dramatizando, no se pusieron a hablar) por debajo de esa camiseta de tirantes ajustada. Las miré con la misma intensidad con la que Andrés me había mirado el paquete al desnudarme y me sentí... sucio. No por estar con la vista clavada en sus tetas en vez de en la cara que había encima, aunque un poco también, sino por sentirme atraído. Eran... sirenas. Sirenas gigantes y redondas que me cantaban guarra-
das al oído.

—Cualquiera pensaría que nunca has visto unas tetas —dijo la dueña de las sirenas—, por desgracia, todavía recuerdo el incidente de la paja en grupo.

Oh. Eso. Resulta que un año y pico antes nos pilló... Mira, no, paso de contarlo. No es importante para la historia.

Llevé a cabo la titánica tarea de despegar los ojos de su camiseta y los anclé a los suyos. Que también fueran grandes y parecieran de mentira ayudó a mantenerme a raya.

—¿De dónde las has sacado? —contesté, indignado.

—Se llama pubertad y es un fenómeno que...

—Cállate, Nacho. Me refiero a que han aparecido de golpe.

—¿Por qué te cabreas, tío? —preguntó Andrés—. No te preocupes, Cami, son muy bonitas.

—Ya lo sé. Gracias de todas formas.

—¡Que no es eso! —grité—. Bah, da igual.

Me gustaría decirte que me quité la camiseta porque tenía calor, pero ni siquiera yo soy capaz de mentir tanto. Lo hice para demostrarle que también tenía cosas, cosas llamativas. Dejando de lado los hombros llenos de pecas y un par de granos gigantes en la espalda que prefiero obviar, ahí había músculo. O lo que va antes del músculo. La promesa de ello. Un tráiler de mis futuros abdominales.

No impresioné a Camila, que se limitó a reírse por lo bajo y a tumbarse con las manos por detrás de la cabeza; pero sí a un grupo que había cerca. Me giré al escucharlos cuchichear y sonreí a la única chica cuando me dedicó una miradita. Como para estar guapo hay que sufrir y para llamar la atención hay que hacer el ridículo (a pesar de saber que no va así, vamos a fingir por un momento lo contrario), me contorsioné lo suficiente como para que decidiera acercarse. Si fue por pena o por ganas, no lo tengo claro. Digamos que fue por ganas.

Era una chica con el pelo castaño largo y ojos de gato, mayor que yo. Me sonaba de haberla visto en el instituto. Sus dos amigos, que la siguieron con la mirada, estaban descojonándose.

Llegó hasta nosotros, se agachó para quedar a mi altura y extendió la mano con la palma hacia arriba. No tenía ni idea de lo que quería, así que se la choqué.

—Tu móvil, chico. Dámelo —se burló.

Te juro que le habría dado hasta mi número de cuenta si me lo hubiera pedido. Y si hubiera tenido. Saqué el teléfono

del bolsillo a toda prisa, lo desbloqueé y se lo tendí. Después de teclear, me lo devolvió, se puso en pie y se presentó:

—Soy Lía. Ahí tienes mi número.

—¿Por qué no la estás llamando ya? —cuchicheó Andrés casi a gritos (ya, parece difícil, pero es capaz de ello) en cuanto Lía se alejó un par de pasos.

—Iban a nuestro instituto, los tres —nos informó Nacho—. No deberías llamarla.

—¿Por qué?! —rugió Andrés, escandalizado.

—Porque Bosco es menor de edad, hermano.

—¿Y qué?! ¡A lo mejor solo quiere hablar! ¡O dejarlo seco como si fuera una...!

—O puede esperar hasta cumplir dieciséis —sugirió Camila. Si bien parecía tranquila al respecto, sé que por dentro se moría de rabia—. Lo del consentimiento va así, ¿no, Nacho?

—Sí. Aunque sigo pensando que...

Dejé de escucharlos porque estaba demasiado ocupado sintiéndome orgullosísimo de mí mismo. Lo cierto es que no llamé a Lía. Nunca se lo confesé a mis amigos cuando preguntaban y a día de hoy siguen elucubrando sobre qué pudo pasar. Estaba buenísima y, no te voy a engañar, que fuera mayor hacía que quisiera desmayarme del gusto. El problema era que me daba un miedo que te cagas. Por aquel entonces ni siquiera había besado a alguien y no me apetecía que la primera vez fuera con una chica con mucha más experiencia que yo. Que sí, otra tontería de nuevo. Déjame.

La cuestión es que todos estaban pendientes de mí y que había demostrado tener sirenas metafóricas capaces de atraer a la gente. A la gente mayor de edad.

Había ganado, al fin.

Miré a Camila con superioridad. Ella arqueó las cejas, fingiendo que no entendía a qué venía mi sonrisa. Pero lo entendía,

sabía perfectamente que la había aplastado y le había dado la vuelta al marcador.

—¿Te molesta? —pinché.

—¿Eh? ¡Ah! ¿Lo del aparato? Un poco, la verdad. Por suerte, ya puedo comer algo más aparte de purés. Estoy harta de los purés.

Le habían puesto *brackets* un mes antes y se había quejado todos y cada uno de los días de lo mucho que le dolían los dientes. A pesar de que no estábamos hablando de eso y ella lo sabía.

—No hace falta que disimules.

—Bosco, de verdad que no tengo ni la menor idea de a qué te refieres.

—Claro, claro.

CUATRO

Bosco 2 - Camila 2

— **T**e he ganado. Camila interrumpió su diatriba sobre la posibilidad de hacerse un canal de YouTube para jugar a videojuegos *online* y me miró. Continué avanzando con las manos tras la nuca y la sonrisa bien puesta en su sitio.

Eran cerca de las diez de la noche e íbamos de camino a su casa. Yo era el que vivía más cerca de ella, así que siempre me tocaba acompañarla. Se reía cuando me quedaba esperando fuera de su portal hasta que se subía en el ascensor, aunque luego, cuando me mandaba un mensaje diciendo que ya estaba en su habitación, siempre me daba las gracias. La verdad es que no lo hacía para que me lo agradeciera, pero no me iba hasta que me escribía.

Estábamos en cuarto de la ESO y, por entonces, los tres desarrollamos lo que Camila denominó el SHMP (síndrome del hermano mayor pesado). «Ya tengo uno, no necesito más. De hecho, ni siquiera necesito al que tengo», nos repetía con voz cansina, casi siempre mirándome a mí. Y aunque tuviera razón, aunque nos hubiera demostrado de cien maneras distintas que era perfectamente capaz de lidiar con cualquiera sin

nuestra ayuda, nosotros nos empeñamos en convertirnos en sus perros guardianes. Supongo que nos hacía sentir importantes.

Te explico. De golpe y porrazo, decidió dejar de usar ropa ancha y empezó a ponerse un montón de faldas y de camisetas que dejaban muy claro que tenía un enorme par de sirenas. ¿Y qué pasó? Que mucha gente, en especial los tíos, empezó a tratarla de forma diferente y fue..., no sé, asqueroso. Yo me sentí asqueroso. No solo porque entendiera que ella se cabreara con algunas de las cosas que le sucedían, sino porque Andrés y yo también habíamos hecho comentarios parecidos al respecto de otras chicas. ¿Que tendríamos que haber pillado desde el principio que estaban mal? Pues mira, sí, sobre todo porque Nacho no paraba de repetírnoslo. Por desgracia, soy de aprender tirando a despacio.

Así que cada vez que alguien le enviaba alguna foto de mierda, le pedíamos que nos diera el teléfono del gilipollas de turno. Yo lo insultaba, Andrés le mandaba primeros planos de su ojete y Nacho lo amenazaba con denunciarlo a la policía. Sí, era el que tenía más éxito, para sorpresa de nadie. Un día, cuando fuimos al cine, un grupo de chicos se acercó a ella mientras estaba sola en la fila de las palomitas. Se pusieron pesadísimos hasta que apareció él. El portavoz de esos idiotas le pidió disculpas a Nacho diciendo algo como: «Perdona, no sabía que fuera tu novia». Mi amigo, con su cara de sopor habitual, contestó: «No es mi novia, pero es una persona». Pese a agradecerle el gesto y besarlo en la mejilla, Camila volvió a resolver el asunto por sí misma al decirle al grupo de pesados que, ni con novio ni sin él, le interesaban en lo más mínimo.

No te voy a mentir, Andrés y yo seguíamos hablando de tías, igual que Camila hablaba de tíos. Aunque a partir de ese momento nos cuidamos de no incomodarlas e intentamos ponernos en su lugar. No siempre lo conseguíamos, como cuan-

do Andrés cogió un sujetador de la pila de ropa que Camila tenía amontonada en la silla de su habitación y se lo puso en la cabeza. Por suerte, ella tenía la paciencia necesaria para explicarnos por qué estábamos dando asco otra vez. Por desgracia, solía hacerlo después de pedirle a Nacho que nos soltara una colleja.

No es que Camila hubiera pasado a ser mi persona favorita, pero... Qué coño, sí que lo era. De mis tres favoritas, al menos. Ya no me molestaba su voz demasiado grave, ni que siempre estuviera con nosotros. Lo único que me cabreaba es que siguiera ganándome en casi todo.

No obstante, ese día conseguí adelantar posiciones.

—¿Me has ganado? —preguntó con extrañeza—. ¿Al final te quitan el aparato antes que a mí?

—No —contesté—. Bueno, sí, eso también. En dos meses, o eso me han jurado. A lo que me refiero es a que me he morreado con alguien.

Se detuvo de golpe, con los ojos muy abiertos. Había algo indescifrable en su cara que traduje un poco como me dio la gana. Más o menos así: «Vaya, Bosco es genial, me acaba de dejar por los suelos. Es un hombre hecho y derecho, mientras que yo sigo siendo una niña *inmorreada*».

—Imposible.

Su voz sonó igual que aquella vez que se comió el pollo al chocolate que preparó Andrés y, para no herir sus sentimientos, le dijo que lloraba de alegría, que estaba buenísimo, que iba en serio. Nacho y yo nos hicimos veganos ese día, por si acaso, y Camila tardó una semana en perdonarnos la traición.

¿Por qué me enredo tanto? Rara. Su voz sonó rara.

—¿Con quién? —insistió.

—Mara, de cuarto B. La de las puntas verdes y los ojos...

—Ya sé quién es —cortó—. ¿Cuándo?

—Hace un par de días, en el polideportivo. —Me metí las manos en los bolsillos y me apoyé contra un muro. Había algo en sus cejas además de en su voz. Se fruncían, luego se levantaban y luego se inclinaban con pesar hacia el lado contrario. No entendía nada—. No viniste porque tenías lo de tu hermano. Lo de las fotos.

—Ya.

Todavía no te he contado que, aunque Camila no fuera particularmente habladora (estaba a medio camino entre Andrés y Nacho), sus silencios no me inquietaban. Y odio los silencios. Por lo general, tiendo a imaginar que la gente se ríe de mí en ellos o, peor, que están dándole vueltas a otras cosas porque les aburre lo que digo. Con ella incluso llegaban a ser agradables. A veces hasta nos preguntábamos el uno al otro en qué pensábamos.

Sin embargo, el silencio de esa noche fue incómodo. Sabía que había cambiado algo, aunque no el qué, y me molestaba. Así que hice lo que hago siempre que me pongo nervioso.

Cagarla.

—Qué, ¿estás cabreada porque tú todavía no lo has hecho? —Silencio—. ¿Quieres saber cómo es?

—Sí.

Sus cejas se recolocaron, firmes, y fue el turno de las mías de levantarse hasta casi rozar el nacimiento del pelo. Dejé de apoyarme en la pared y saqué las manos de los bolsillos.

—¿En serio?

—Claro, Bosco. —Había una nota de advertencia en su voz. O de amenaza, no sé—. Venga, hazlo. Enséñame.

—Eh... Claro. Bueno. ¿Cuándo?

—Ahora.

Hagamos una pausa. Desde lo de las sirenas, el cajón metafórico en el que guardaba la idea de que Camila era una chi-

ca se había llenado de cosas. Cosas que yo intentaba no mirar, que me esforzaba mucho por encerrar ahí dentro, y que cada vez ocupaban más espacio. No todas eran sucias. Vale, había muchas imágenes sobre sus tetas y su culo, pero también había otras. Sonrisas, ojos, esas movidas. O las tardes en las que yo bailaba en mi habitación delante del espejo y ella jugaba con la Nintendo mientras me lanzaba miraditas.

Que me había hecho pajas pensando en Camila, vamos. Pero eran pajas de amigo. Pajas que no me hacían sentir orgulloso. Que te juro que disfrutaba a medias.

Porque esa chica era una de nosotros, y ya bastante tenía con los babosos aleatorios que parecían salir de debajo de las piedras como para descubrir que uno de sus colegas fantaseaba de vez en cuando con ella (en plan amistoso, recuerda).

Así que jamás me planteé nada además de eso. ¡Habíamos dormido juntos, joder! ¡Me había explicado lo de las bragas viejas para la regla! Camila y yo haciendo algo más allá de mi imaginación estaba mal. ¿Qué iban a decir Andrés y Nacho? Si el primero no paraba de soltar guarradas, ¿querría hablar de lo que hacía con Camila si empezáramos a salir? Y el segundo le daba el pésame por adelantado a todas las tías que me molaban. Fijo que me habría quemado el ojo con un cigarro si le hubiera confesado mis pérfidas y oníricas intenciones.

No.

Imposible.

—¿Vas a besarme ya o vas a quedarte con cara de imbécil mucho más tiempo? Tengo que estar en casa a las diez.

—Sí, claro. Aunque... De verdad, tampoco fue muy... O sea, ya sabes, saliva. Puaj. Nada recomendable. Es mejor no morrearse nunca. Jamás. Con nadie.

—Bosco.

—Dime.

—Hazlo de una vez.

—¿Estás...?

Vi las palabras mágicas en sus ojos antes de que las pronunciara.

—No seas perdedor.

Apreté la mandíbula y la miré desde arriba. A pesar de que era cerca de una cabeza más baja que yo, se cruzó de brazos como si no estuviera en absoluto impresionada.

«Te vas a cagar —le dije mentalmente—. Te voy a dar tal morreo que se te van a romper las rodillas del susto».

El beso con Mara había sido un desastre, no la engañé. Lo único positivo era que me había enseñado la importancia de torcer la cabeza para que las narices no chocaran y de tener cuidado con la secreción salivar. Podría decirse que era casi un experto (o eso pensaba). Además, había visto unos tres millones de películas románticas (obligado por Andrés), así que sabía que poner las manos a ambos lados de la cara daba buenos resultados.

Cuando lo hice, cuando me miró con más intensidad que nunca, me aterró que me sudaran. También me aterró hacerlo mal y decepcionarla. O que el cajón en el que metía a la fuerza todas las cosas relacionadas con ella estallara y empezaran a salirse los secretos por la nariz.

Respiré hondo, di un paso para pegarme todavía más a Camila y me agaché. Me agaché mucho. Me agaché tanto que tenía su boca casi pegada a la mía.

—Bosco, bésame.

No sé por qué sonreí. No quería hacerlo. Quería gritar.

—Eres muy pesada.

Y la besé.

Fue muchas cosas, sobre todo histerismo. Se supone que yo sabía ya de qué iba el asunto, pero Camila tiene la manía

de complicar hasta lo más sencillo. Me agarró del cuello y tiró tanto de mí que estuve a punto de perder el equilibrio. Cuando abrió la boca yo no sabía qué hacer con nada. Ni con los labios, ni con la lengua, ni con la respiración, ni con las manos, ni con el corazón, ni con la vida.

Todo estaba mal porque no estaba mal. Estaba nervioso y calmado. Enfadado y agradecido.

Por suerte, se estropeó. Entiendo mejor las cosas cuando se estropean.

El problema no fue la saliva, eso lo hicimos bastante bien. El problema fue que los dos teníamos aparato y, en uno de los inevitables choques de dientes, los *brackets* se nos engancharon.

Lo que lees. Nos quedamos pegados.

La primera en intentar apartarse fue ella, de un tirón. Grité como un loco y la sujeté de las caderas. La conversación que viene ahora está transcrita para que la entiendas, porque con los labios aplastados, el pánico y la vergüenza no hablábamos lo que se dice bien.

—¡Pero ¿qué...?! —empecé.

—¡Aparta!

—¡¿Crees que no lo haría si pudiera?! Voy a intentar...

—¡Para, me vas a arrancar los dientes! Cógeme el móvil de la mochila, voy a llamar a mi padre.

—¡Y una polla a tu padre!

—Bosco, podemos pedirle que traiga unos alicates o...

—Sí, para que me castre. Ni de coña, espera. —Rebusqué a tientas en el bolsillo trasero del pantalón y saqué mi teléfono—. Voy a avisar a Nacho.

—Buena idea. Pon el manos libres.

Fue muy incómodo buscar el contacto. Tenía que mirar a la pantalla tan de reajo que empezó a dolerme la cabeza.

Cuando finalmente lo cogió, todavía estaba intentando decidir cómo explicarle la situación.

—Qué pasa, hermano.

—Pasan cosas, Nacho. Cosas... delicadas y...

—No entiendo qué dices. Muévete para pillar cobertura.

—No es la cobertura, es Camila. Está... —Me esforcé para vocalizar—. Tenemos un problema.

—¿Es un tío?

—¡¿Podéis dejar de sobreprotegerme?!

La verdad es que Camila no dijo «sobreprotegerme». Fue algo como «subpofgerm».

—¿Habéis bebido?

—No, nos hemos quedado enganchados. —Silencio—.

¿Nacho?

—¿Qué parte de vosotros se ha quedado enganchada?

—¡La boca, joder, Nacho! ¡La boca! ¡Trae unos alicates!

Le envié la ubicación después de colgar y esperamos. Luego esperamos más. Nunca en mi vida había estado más incómodo, ni siquiera cuando le eructé en la cara a don Carmelo.

No sabía qué hacer con las manos, por lo que las dejé colgando, igual de mustias que mi alma. Pensé que, si me limitaba a mirarle las cejas y apartaba todo lo posible el cuerpo, la situación sería menos patética.

Me equivoqué.

Por su parte, Camila sí que me estaba mirando. Empezó a respirar a trompicones y, durante un instante, pensé que le estaría dando una embolia por el arrepentimiento. Y no sabía cómo gestionar tener a una amiga con la que fantaseaba en secreto pegada en la boca, como para tener a una amiga muerta con la que fantaseaba en secreto pegada en la boca.

Pero no, se estaba riendo. A medida que sus carcajadas se descontrolaban, me fui enfadando. ¡Era mi gran victoria! ¡Tenía que haberse maravillado con mi madurez y haberme aplaudido, no haberme obligado a morrearla y vivir la experiencia más espantosa de mi corta existencia!

—Esto también podemos contarlo en el asilo —dijo—. Es mejor que lo del cerebro de pollo de Andrés.

—Paso. Él no puede enterarse. Nunca.

Vaya si se enteró. Nacho apareció con él a los quince minutos. Supimos que lo acompañaba porque lo escuchamos gritar desde lejos cosas que iban desde «¡El poder de la pasión los ha unido para siempre!» hasta «¡Eso sí que es comerse literalmente la boca!», seguido de otras burradas mucho más explícitas que prefiero ahorrarte.

—No sabía dónde estaban los alicates de mi padre y tuve que llamarlo —se disculpó Nacho.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué es lo que ven mis ojos de elfo? ¿Es un águila? ¿Un orco? ¡No, son Bosco y Cami enrollándose!

—¡No nos estábamos enrollando! —grité.

—Claro que no. —Fui incapaz de ver cómo Andrés asentía, pero supe que lo había hecho. Siempre asiente cuando está a punto de decir una estupidez—. Cami tenía un trozo de espinaca entre los dientes y has decidido quitárselo a mordiscos. O no, espera, estaba cantando y has querido hacerle los coros en la garganta. No, no, tengo una mejor, te has tropezado justo cuando...

—Nacho, date prisa —suplicó Camila.

—Lo intento. Pero los alicates son enormes y no sé dónde engancharlos.

Para no alargarme más, te hago un resumen de lo que sucedió a continuación. Nacho estuvo a punto de dejarme sin labios, Andrés empezó a berrear canciones sobre que el amor

es una cosa muy dolorosa y también muy viscosa, tuvieron que pedirle a una vecina un cortaúñas que no sirvió de nada («Es una emergencia, señora, se lo prometo») y, al final, llamamos al padre de Camila para que lo solucionara.

Trajo unos alicates diminutos, cortó un par de alambres en un santiamén y me miró como si fuera un gusano infecto. Quise decirle que era buena gente, que la culpa la habían tenido su hija y el cajón metafórico; no obstante, no sabía cómo expresarlo y me daba miedo hacerlo mal y que me apuñalara con esa herramienta en miniatura, así que me limité a agachar la cabeza y a desear que la tierra se abriera y me tragara de una vez.

No sucedió. Cuando Camila se fue, Andrés me pasó un brazo por los hombros, me agitó como si fuera un muñeco e hizo la maldita pregunta:

—Entonces, qué, ¿estáis juntos?

—No. Todo es culpa de Mara.

—¿De la tía del polideportivo?

—Sí. Le he dicho a Camila que me enrollé con ella y va y me suelta que la bese también. Para probar o no sé qué. Yo no quería. No me mires así, joder, va en serio.

A pesar de que Andrés se empezó a reír, me parece que me creyó (¡estaba diciendo la verdad!). Sin embargo, Nacho me miró durante muchísimo tiempo. Después, negó con la cabeza, soltó aire como si se estuviera armando de paciencia y murmuró:

—Bosco, hermano, eres imbécil.



«LO PRIMERO QUE TIENES QUE SABER SOBRE BOSCO ES QUE ES UN PERDEDOR».

Eso es lo que piensa Camila, la chica con la que se pasó toda la adolescencia compitiendo. Pero al acabar el instituto, después de un beso, un cajón metafórico que reventó antes de tiempo y una fiesta, la perdió a ella.

Tres años después, cuando Bosco ha superado la peor noche de su vida, vuelve a encontrársela. Y, por culpa de esa copa de más que se ha tomado porque «de perdidos al río», acaba convirtiéndose en su novio falso.

Ahora, no sabe qué odia más: si verse obligado a mantener una relación de mentira con su peor enemiga o la alegría con la que reciben la noticia Nacho y Andrés.

Lo que sí sabe es que ha empezado un nuevo juego, esta vez sin reglas, y que está dispuesto a dejarse la piel para ganarlo.

«Con una maestría envidiable, Myriam crea un protagonista divertidísimo, cercano e igual de entrañable que su historia».

Raquel Arbeteta, autora de *Te traeré a casa*



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es